

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTÍCULO 2.º (1)

Halló el viajante dominicano nombrado Inquisidor general al cardenal Tavera, por muerte del arzobispo de Sevilla. Al presentarse á él en Valladolid, oyó de su boca los mayores elogios de su conducta en el capítulo general: las noticias de Roma encarecían sobremanera el mérito de Carranza. No le faltaron ocasiones de desplegar sus conocimientos, porque su cátedra, á todas horas concurrida, estaba llena de hombres eminentes que anhelaban escuchar sus curiosas esplicaciones sobre el dogma y sus eruditos comentarios sobre las Escrituras. Los libros mismos de los protestantes le proporcionaban armas para defender su ilustrado catolicismo; y de los escritos de Lutero y de Melancthon sacaba argumentos

originales para apoyar la legitimidad de la silla de S. Pedro. Pero, si su reputacion se acrecentaba con el combate y el estudio, si su nombre era citado con autoridad en la corte, el corazon de Carranza padecia en silencio porque abrigaba dudas sobre puntos secundarios que alteraban la pureza de su obediente doctrina. Los recuerdos de Roma entibiaban la ciega veneracion que habia profesado hasta entonces al pontificado; pues si bien no habia visto los escándalos y corrupcion que exageraban los hereges, no habia hallado tampoco aquel zelo constante y vivo, aquella ilustrada severidad, aquella abnegacion de intereses mundanos que eran en su entusiasta idea las indispensables cualidades de la aristocracia eclesiástica. Por otra parte, al examinar las consultas diarias que le pasaba la Inquisicion, al considerar cuan rápidamente subia en su inflexible ardor el Santo Tribunal, preguntábase á sí mismo si era necesario tal encarnizamiento entre cristianos; olvidando los excesos de la reforma, sin considerar que solo una reacciou violenta en las cosas y en las ideas podia salvar la unidad católica de los

(1) Véanse los dos números anteriores.

golpes de la heregia. Al calificar procesos religiosos, guiado únicamente por su moderacion y mansedumbre, estendió alguna vez su parecer razonado, pero indulgente, viendo con dolor desatendidas sus observaciones. Mas severo en la censura de libros, porque conocia el peso de ciertos argumentos en las imaginaciones frívolas, impidió la circulacion de muchas obras que, bajo su aparente sencillez, encerraban el germen de errores trascendentales.

La pureza de sus costumbres le atraia el respeto de los inferiores y la consideracion de los prelados. Su caridad, ejercitada en secreto constantemente resplandeció en el otoño de 1540 que precipitó enjambres de hambrientas familias sobre la ciudad, buscando alimento en la espantosa carestía. Perdióse completamente la cosecha de granos en las montañas de Santander y de Leon, y los infelices habitantes bajaban en desordenado tropel á las llanuras, inundando las calles y las plazas de Valladolid. Bartolomé Carranza entonces hizo recoger cuarenta personas en su colegio, y valiéndose de su prestigio, pasaba el día entero mendigando en favor de los indigentes emigrados. Su constitucion no pudo sufrir tan estremada fatiga, y la calentura le postró en cama sin abatir su ardiente caridad. Privado de todo recurso porque lo habia dado todo, hizo vender sus libros para repartir entre

los pobres su producto, reservándose solo la suma de Santo Tomas y un ejemplar de la Biblia.

La concurrencia á sus sermones públicos era siempre estremada en las iglesias á que asistia. La notable elocuencia con que esponia sus opiniones, la claridad de sus palabras y la pureza de su elocucion le daban un lugar distinguido entre los primeros oradores de su tiempo. En el auto de fé que se celebró para quemar por luterano á Francisco San Roman hijo del alcalde mayor de Bribiesca, famoso por su impenitencia obstinada, predicó Carranza con enérgico vigor en medio de la plaza silenciosa, ante un pueblo exaltado por el fanatismo, que se apiñaba en torno de la terrible hoguera. Corria el año de 1542, y el sermón del dominicano aplaudido por la muchedumbre, admirado por los doctores, valió á su autor alta reputacion de inflexible severidad. Vióse desde entonces asistir á estos actos animado de fervor religioso, contra las tendencias de su carácter pacífico y sus ideas naturalmente conciliadoras.

Reunido por aquel tiempo el consejo de las Indias, y presidido por Fr. Garcia de Loaisa, arzobispo de Sevilla, nombró obispo de Cuzco al afamado dominicano. Encargado de participarle su eleccion, partió á Valladolid el consejero don Juan Bernal de Luco con amplios poderes para alargar su permanencia. Era el obispado de Cuzco la

primer dignidad de las Indias occidentales, y sus rentas, cada vez mas pingües, bastaban á saciar la codicia ó la ambicion de los mas altos prelados. Carranza sin embargo no aceptó: satisfecho con su vida modesta y estudiosa, respondió al mensajero que estaba pronto á marchar á América, si se lo mandaban, á predicar entre los indios, ó á convertir los salvages habitantes de los bosques; pero que no sintiéndose con fuerzas para llevar el caracter de obispo ni el cargo de almas, no podia admitir la alta dignidad que le ofrecian. En vano le instó Bernal; sin alcanzar otra respuesta volvió al Consejo que admitió pesaroso la renuncia.

Luchaba entretanto Carlos V en Alemania por contener los progresos de la reforma. Desde la dieta de Augsburgo se habia aumentado considerablemente el número de los protestantes, tomando una actitud hostil hácia el catolicismo. Ni súplicas ni amenazas conmovieron á los fanáticos sectarios ni á los príncipes á quienes abria la nueva doctrina ancho horizonte para su ambicion: las intrigas de la Francia y la invasion del sultan en Hungría á la cabeza de trescientos mil turcos, forzaron al gefe del imperio á concluir un armisticio con los disidentes, que puede considerarse como la primer tregua religiosa de Alemania. Disipado el peligro, origináronse dificultades sobre la interpretacion del convenio de Nu-

remberg: y la liga de Smalkade, renovada por los reformistas, y la actividad de su caudillo el landgrave de Hesse batiendo las tropas austriacas en Lauffen, trajeron por mediacion del duque de Sajonia y del elector de Maguncia la forzada tregua de Cadan. Los luteranos adquirieron una tolerancia interina de que no podian gozar, segun el testo mismo del tratado, ni los sacramentarios ni las demas sectas que sostenian dogmas contrarios á la iglesia católica, particularmente los anabaptistas que, estableciendo su república en Munster, habian cometido cuantos excesos pueden producir la mas desenfrenada licencia y el mas estravagante fanatismo.

En la dudosa quietud que siguió al convenio de Cadan, la muerte del elector de Brandeburgo y del duque de Sajonia, la proscripcion del de Brunswick despojado de sus dominios por la liga de Smalkade, y la abjuracion del elector-arzobispo de Colonia que habia abrazado el nuevo culto, quitando columnas firmes á la santa sede, habian reforzado con poderosos miembros la comunión luterana.—Por otra parte, siempre habia considerado el emperador las concesiones que le hiciera como expedientes necesarios en el estado de Europa: su apego á la religion de sus mayores y su interes como rey de España y de los Países-bajos impulsaban á Carlos á restablecer á toda costa el culto católico: su genio era hábil y previsor, pero la

empresa difícil. Viendo en el ejemplo de lo pasado el mal éxito de las medidas violentas, recordando que la persecucion habia reunido á los protestantes, resolvió obtener por medio de una política templada y firme lo que ya no podia alcanzar por el terror. Persuadiendo á los cismáticos que un concilio universal decidiría imparcialmente todas las dudas, luchó enérgicamente contra los católicos celosos, que rechazaban cualquier especie de avenencia. Sus instancias decidieron despues de mil dificultades é intrigas á Paulo III. Resolvióse que se convocaria un concilio universal en Trento, y la posicion de esta ciudad en el Tirol, sobre el confin de los estados austriacos, daba á Carlos V notable influencia en las decisiones de la asamblea. Suspendióse la apertura hasta el año 1545, en que, concluido el tratado de Crespy con Francisco I, se obligó este monarca á ayudar con todo su poder al emperador para la estirpacion del cisma de Lutero, y á sostener el concilio que se iba á convocar. Negociando al mismo tiempo conferencias públicas entre los doctores de ambos partidos, emprendiendo negociaciones separadas para romper la union de los protestantes, apercibióse Carlos V á echar en la balanza todos sus recursos, para hacer respetar los decretos eclesiásticos.

Deseando levantar el principio

católico y darle una influencia decisiva, cuidó el emperador de señalar los hombres mas doctos de España é Italia para asistir al célebre concilio Bartolomé Carranza fué nombrado uno de sus teólogos, y partió en abril de 1545 para Trento. En tres años de trabajos continuos, tratando siempre con los miembros mas ilustres de la iglesia romana, advirtió el fraile con asombro la mudanza que los años de ausencia habian producido. Notábase un germen de reforma disciplinar, de actividad religiosa que habia de dar con el tiempo sazonados frutos; y los hombres mas eminentes comenzaban ya á conocer que era necesario salir de la inaccion para detener los progresos de la reforma. Tomando buena parte en el movimiento comun, Carranza asistió á todas las congregaciones, desempeñando delicadas comisiones de los legados pontificios, y respondiendo á las consultas del embajador de España. En estrechas relaciones con el cardenal don Pedro Pacheco, decano de los prelados españoles que al concilio asistian, predicó á instancias suyas en la parroquia de san Lorenzo sobre la materia de justificacion. Sus doctrinas poco exageradas le valieron universales elogios. Publicó en Roma, el año de 1546 una obra titulada *Suma de los concilios*, é imprimió en Venecia sus *controversias teológicas*: el año siguiente dió á luz un tratado *De la*

residencia de los obispos. Este libro provocó la envidia y el resentimiento de muchos preladós: levantáronse sus émulos para censurar las severas proposiciones, y en su orden misma penetró la desconfianza: fray Ambrosio Catherino Polo impugnó la obra con notable acritud, y fray Domingo Soto, dominicano como él, la defendió con solícita vehemencia.

Encontraba entretanto el concilio imprevistos obstáculos á sus religiosos deseos. Habíase verificado su reunion bajo los mas favorables auspicios. El emperador, tranquilizado por el tratado de Crespy, desechó toda inquietud con la tregua de cinco años concluida entre su hermano, como rey de Hungría, y Soliman el magnífico, sultan de Constantinopla: al mismo tiempo se obligó el Papa por medio de un tratado á auxiliarle con trece mil hombres y un subsidio considerable, prometiéndole ademas apropiarse la mitad de las rentas eclesiásticas de España é hipotecar bienes de la iglesia por valor de quinientos mil ducados. Los extraordinarios armamentos de Carlos V, las amenazas mal disimuladas de Roma y los primeros actos de la congregacion de Trento despertaron de su letargo á la liga protestante que, sacando inesperadas fuerzas de su humillacion misma, y obrando con vigor y acuerdo inesperados, levantó un formidable ejército que puso en grave peligro la suerte del emperador. Desplegando tanta habilidad

como valentía en su posicion azarosa, Carlos encadenó á su carro la fortuna. La estrema rapidez de sus movimientos le dió pronto incontestable superioridad; y la completa derrota del elector de Sajonia y la sumision del landgrave de Hesse acabaron de deshacer la imponente liga de Smalkade.—Pero en el apogéo de sus triunfos, suscitáronsele dificultades de donde menos lastemia. Bajo pretesto de una enfermedad contagiosa, hizo trasladar el Papa á Bolonia el concilio de Trento, mientras que los padres pertenecientes al partido del emperador no levantaron sus sesiones. Acrecentóse el disgusto por las contestaciones que escitó la soberanía de Parma y Plasencia; y cada vez mas irritado, desechó Paulo III todas las proposiciones de Carlos V, negándose á dejar en Trento un concilio cuyo único objeto era la estirpacion absoluta de la comunión luterana.

Habia convocado el Emperador una dieta en Augsburgo ante la que espuso los esfuerzos que habia hecho para terminar las querellas religiosas; y refiriendo las contestaciones con el Papa, propuso á ambos partidos que hasta la nueva convocacion del concilio general le nombrasen árbitro para decidir las diferencias. Su moderacion le atrajo universal apoyo, y entonces, con ayuda de dos obispos católicos y Agrícola, teólogo luterano, compuso un formulario de veinte y seis

artículos, casi en todo conforme á la doctrina de la iglesia romana, históricamente conocido con el nombre de *interim*. El punto de la enagenacion de bienes eclesiásticos quedó sin mencionar; pero permitióse á los protestantes recibir la comunión bajo ambas especies, y á los sacerdotes casados ejercer su sagrado ministerio; aunque estas concesiones tenían el caracter de revocables por un concilio general. Inútilmente sometió Carlos V este proyecto á la aprobacion del Papa, y al leerlo en la dieta, se avinieron ambos partidos con repugnancia porque á ninguno satisfacía semejante transaccion. Pero la energía del emperador hizo consentir á todos los gefes, y los ejemplos severos de Ulm, Constancia y Estrasburgo sofocaron en su origen la resistencia de las ciudades imperiales.

Tal era el estado de la lucha religiosa, cuando disuelto el concilio de Trento, regresó Fray Bartolomé Carranza á su convento de Valladolid. De vuelta de las Cortes de Aragon habia establecido su casa el príncipe de Asturias á uso borgoñés para asistir al matrimonio de su hermana Maria con Maximiliano de Austria. Deseoso de felicitar á su padre por su completo restablecimiento y sus recientes victorias, partió Felipe hácia los Países-bajos. Esperábanle las galeras en Colibre, puerto del Rosellon, y desde allí escribió á Carranza pa-

ra que como confesor le siguiese en el camino: avisábaselo tambien el emperador desde Alemania, pero el dominico reusó tan señalado puesto alegando su insuficiencia y escusándose con el estado de su salud. Carranza temia las intrigas de la corte y las penalidades de una vida bulliciosa de que su modestia y sus gustos pacíficos le apartaban.

Nombróle despues Carlos V obispo de Canarias y, no obstante el empeño de sus compañeros, desechó tan alta dignidad. Elegido prior de san Pablo por los dominicanos de Palencia, aceptó con satisfaccion este cargo tan humilde en comparacion de las desatendidas prelacías; allí en medio de un concurso numeroso, apiñado en las estensas naves, esplicó la epístola del apóstol á los Galatas con grande copia de erudicion y admirables recursos de elocuencia.

Años atrás habia muerto el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo é Inquisidor general, sucediéndole en el último cargo el prelado de Sevilla cardenal Loasia, presidente de Indias y comisario de Cruzada; al paso que heredó su dignidad arzobispal D. Juan Martin Silicéo, obispo de Cartagena, preceptor un tiempo del príncipe D. Felipe. No perjudicó á Carranza la eleccion, porque el nuevo prelado, reconociendo su mérito, le dió repetidas muestras de deferencia y afecto singular; mientras mas estudioso cada dia, encerrábase en su monasterio

el dominicano para examinar á la luz de la crítica las exageradas obras de los doctores herejes.

Reunióse el año de 1550 el capítulo de Castilla en Santa Cruz de Segovia para nombrar provincial. Recayeron los sufragios en Carranza que, partiendo inmediatamente á la visita, preparóse á cortar de raíz envejecidos abusos. Su celo reformó los errores que notaba, y corrigió el descuido con que se observaban las leyes en las fundaciones de aniversarios, misas y sufragios por las almas del purgatorio.— Había muerto entretanto Paulo, y Julio III ocupaba la cátedra de san Pedro.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL.
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

III.

Mas el héroe por excelencia de Castilla, admirado por su valor de moros y cristianos, celebrado por los juglares, romanceros, y dramáticos, y cuyas hazañas y virtudes inspiraron á los poetas y ejercieron sobre el caracter español la mas señalada influencia, es el esforzado Rodrigo Diaz del Vivar. La crónica particular del mismo, la primera de las crónicas castellanas, el poema del Cid y sobre todo la crónica general de Alfonso el Sabio, le presentan como

uno de aquellos caballeros del siglo xiv *sans peur et sans reproche*, como dicen brillantemente los franceses. Es notable el influjo de la lucha entre moros y cristianos para desarrollarse los mas nobles caracteres, y dar á un héroe como Rodrigo de Vivar mayor prestigio y autoridad que el que tenia el Rey de Castilla. El Cid con sus caballeros conquistó á Valencia; recibianse por éste embajadores de las mas remotas tierras, do se habian estendido sus proezas, y ocurrido la muerte alevosa del Rey D. Sancho en el cerco de Zamora, el Rey D. Alonso el VI se vió forzado á jurar en sus manos, antes de tomar posesion de la Corona. «Rey don Alfonso (le dijo el Cid) venides me vos jurar, que non fuestes vos en consejo de la muerte del Rey D. Sancho mio señor; é si vos mentira jurades, prega á Dios, que vos mate un traïdor, que sea vuestro vasallo, asi como era Vellido Dolfos de mio señor el rei D. Sancho; é el rei dijo estouces; amen, é mudósele toda la color. E el Cid dijo otra vez. Rei D. Alonso; venides vos me jurar por la muerte del Rei D. Sancho mio señor, que non lo aconsejaste, nin lo mandaste vos matar; é si vos mentira jurades, matevos un vuestro vasallo á engaño é aleve, asi como mató Vellido Dolfos al rei D. Sancho mio señor: é el rey dijo; amen, é mudósele la color otra vez: é asi como dezie el Cid, asi lo otorgaba el rey D. Alonso, é doce de sus vasallos con él. Despues que la jura fue acabada, quiso Rui Diaz mio Cid besar la mano al rey D. Alfonso, mas non quiso dárge la él; antes le

desamó de allí adelante, aunque él era muy atrevido, é muy esforzado caballero (1).»

La generosidad, el honor y todas las costumbres caballerescas se hallan personificadas en la conducta del Cid. Desterrado de su país por Alfonso VI venció á los moros, y enviaba al rey regalos de los despojos. Habiendo muerto en su tiempo el rey moro de Zaragoza, y ocurrida enemistad y guerra entre sus dos hijos por causa de la sucesion; D. Pedro rey de Aragon, y don Ramon Berenguer, conde de Barcelona, protegieron á Abenalfage, y el Cid á Zulema. Consecuencia de ello fue una batalla, en que Rodrigo del Vivar venció y prendió al conde, y acerca de la cual refiere lo siguiente la crónica general de Alfonso el Sabio. «Después deste (de la victoria) mandó el Cid hacer muy gran cocina, é adovar manjares de mucha guisa por hacer pracer al conde D. Ramon; mas el conde non le preció nada, nin quiso comer ninguna cosa, magüer que el gelo traye delante, é antes ensañaba á los que gelo aducien; é cuando le aquejaron mucho que comiese, dijo, que por quanto avie en España, que non comiere ende un bocado, é que antes perdiere el alma é el cuerpo que gelo comer. E el Cid, cuando lo supo fué á él, é como era ome mesurado, dijol asi: Cónde, comed é bebed, ca esto en que vos vedes, por varones páso, é non vos dejades morir por ello, ca aun podredes cobrar vuestra

facienda, é endereszar esto; é si ficiereis como digo, faré que salgades de la prison, é si lo non ficiereis, en todos vuestros dias non saldredes dende, ni tornaredes á vuestra tierra. Respondiol el Cónde, é dijol. D. Rodrigo comed vos, que sodes ome de buena ventura, é lo merescedes, é folgad en paz é en salud, ca yo non comeré nin faré al, sinon dejarme morir. E tres dias contendieron con él tambien el Cid, como los suyos, que comiese, mas non pudieron con él. Mas el Cid, cuando esto vió, con el gran duelo que ovo del Cónde, dijo. Bien os digo en verdad, que si non comierdes, siquier un póco, que nunca tornedes á vuestra tierra; é si comierdes porque podades vivir, facer vos he yo, que dos caballeros de los vuestros, destos que y aqui tengo presos, que vos guarden é quitarvos he á vos, é á ellos cuerpos, é darvos hé de mano, que vos vayades á voestra tierra, é sinon non. Cuando esto vió el Conde, fuese alegrado, é dijo á Rui Diaz. Esto, que vos avedes dicho, si lo vos compliereis, en cuanto yo viva, me maravillare dello; é dijol el Cid: pues comed ahora que lo vea yo, é luego vos embiare; pero tanta vos digo, que quanto vos avedes aqui perdido, que vos non daré endenada, cá non es fuero nin costumbre, nin tengo que es derecho, sinon el que lo quiere facer por su mesura: demas helo yo menester, é lo han lazerado (ganado con trabajó) conmigo; é tomando de los unos é de los otros, iremos güaresciendo, ca esta vida abremos fasta que Dios quiera asi, como omes que han ira de señor, é andan echados de su tierra. E el Cónde

(1) Pág. 221 de la citada crónica general de Alfonso el Sabio.

ovo muy gran prazer de aquello que el Cid dezíe, que non hé daríe nada de lo que le tomara, é demandó agüa para las manos é comió el, é aquellos dos caballeros que el Cid le dió. E pues que ovieron yantado, dijo el Conde á Rui Diaz, mio Cid. Mandadnos dar las bestias, si vos ploguiere, é irnos hemos: é el Cid disles estonces muy bien de vestir, é embioles, é fue con ellos fasta el primer alvergue, é en su espedimiento tornose el Cid contra el Cónde en esta guisa. Ides Conde á guisa de muy franco, é grazezo vos yo mucho quanto no dejades, pero si vos despues á voluntad queredes de mi vengarvos, facedmelo saber antes, é si viniertes, ó me dejarades á mi algo de lo vuestro, ó levardes vos de lo mio; é dijol el Conde. Cid, á vuestro salvo estadeo, é yo pagado nos he por todo este año, é non tengo en corazon de vos venir buscar tan aina (1).

Tales eran ya nuestros caballeros del siglo XI. Tres siglos mas tarde el esforzado Príncipe de Gáles, hijo de Eduardo III de Inglaterra, consoló y sirvió á la mesa al leal y pundonoroso Juan II de Francia, preso despues de las mas señaladas proezas en la memorable batalla de Poitiers; y las crónicas, baladas y tradiciones de la edad media presentaron con razon al Príncipe Negro como el mejor de los caballeros de su tiempo. Mas para gloria y orgullo de nuestra altiva España, el magnífico y brillante personaje del Cid realizára ya en el siglo XI las mas notables hazañas; y no hay género de prendas ni virtudes caballerescas, de que

no dejára poéticos y sublimes ejemplos. Cuando la lealtad, el pundonor y la bizarría españolas se vieron tan digna y esplendorosamente representadas por el noble Rodrigo Diaz del Vivar, se observa en la historia su especial influjo. La oscura y pobre sociedad de Pelayo y de Alfonso el Casto no rivaliza ya con la generosa y esforzada de Abderraman y de Almanzor, la desafia, la escede y la reputa por de menos valer. La fidelidad, distinguida honradez y conquistas del Cid admiráronse siempre por los castellanos, y contribuyeron á dar á la poblacion cristiana un tinte festivo, oriental y romancesco. «E quien vos podria contar (dice la crónica general hablando del casamiento en Valencia de las hijas del Cid, pág. 282 v.º) las muy grandes costas é muy nobres que el Cid mandó facer en aquellas bodas de sus fijas, así como en dar muchos manjares, ó en matar muchos toros, é alanzar á tabrados, é bofordar, é los muchos juglares, é todas las otras alegrías que á tales bodas pertenecian; é segun dice esta estoria, siete dias duraron estas bodas, é cada dia fueron fechas estas nobrezas que dichas son.»

La lealtad, la nobleza de proceder, y los duelos de honor eran comunes, segun esta crónica, en el siglo XI, y se hallaban arraigados en las costumbres del país; y así habiendo en 1072 muerto Vellido Dolfos á traicion al rey D. Sancho en el cerco de Zamora, y acójióse á esta villa, Diego Ordoñez de Lara caballero castellano se presentó ante la misma, llamó á D. Arias Gonzalo, privado de doña Urraca, señora de Zamo-

(1) Página 254.

ra, y le dirigió el siguiente desafío, en que se halla ya ese carácter tan romancesco y exagerado del honor español, que inspiró á la sublime musa de Calderon. «Los castellanos han perdido á su señor, é matol el traidor de Vellido Dolfos su vasallo, é acogístelo en Zamora, é porende digo, que es traidor quien traidor tien consigo, si sabe de la traicion, ó si gela consintió: é repto á los Zamoranos, tambien á los grandes como á los pequeños, é al vivo, é al que es por nacer, asi como al que es nascido, é á las agüas que bevieren, é á los paños que vestieren, é aun á las piedras del muro: é si tal há en Zamora, que diga de nos, lidiárgelo hé, é si Dios quisiere que yo venza, finca redes por tales cuales yo digo. Respondió D. Arias Gonzalo: Si tal só, como tú dices, non debiera yo nacer: mas en cuanto tú dices, todo lo has mentido; é decirte hé, que en lo que los grandes facen no han culpa los chicos, nin los muertos: otrosí non son culpados de lo que no vieron nin sopieron: mas sácame ende los muertos, é los niños, é las otras cosas que non han entendimiento: e por lo al (por lo demas) decir hé que mientes; é lidiaré contigo, ó daré quien te lo lidie: é sepas una cosa, que todo aquel que reptá á concejo, que debe lidiar con cinco uno en pos de otro, é si venciere aquellos cinco, debe salir por verdadero, é si alguno de aquellos le venciere, debe ficar por mentiroso (a) Arias Gonzalo reunió al concejo de Zamora, y dijo á

los concejales. «Amigos; ruegovos, que si aqui hay alguno de vos, que fuese en consejo de la muerte del Rey don Sancho, ó que lo que sopiese, digalo, é non lo niegue, *ca ante me quiero yo ir con mis fijos á tierra de moros, que non ser vencido; en el campo é fincar por traidor, é alevoso (a).*» Es el mas señalado ejemplo de lealtad, y duelo tan singular formó cinco siglos mas tarde uno de los interesantes episodios de la romántica comedia, *las mocedades del Cid*, de Guillen de Castro.

El sentimiento de fidelidad, brillante y magnífica creacion de las costumbres feudales, producía los actos del mas sublime heroísmo, y es ya muy digno de notarse lo sucedido al fin del siglo X, en la toma de Leon por Almanzor. Atacada la ciudad, se hallaba abierta una brecha, y la defensa estaba confiada á don Guillen Gonzalez, conde de Galicia, á la sazón enfermo y postrado en cama. «E cuando dijeron, que el muro era quebrantado por dos logares, fizose armar de todas armas, é fizose llevar en su lecho á aquel lozar, dónde el muro era mas quebrantado, porque allí era la mayor prieda, é el mas lugar peligroso; cá esto fazie el por tal de morir, ante que viese el estragamiento del lugar. E el ya ciendo, guerrearonle bien tres dias, é defendió el siempre muy bien el portiello, asi que murieron mui mucho de un cabo é del otro, é al cabo mataronle, é fue luego tomada la cibdad (b) La continuacion de la guerra, las vic-

(a) Pág. 247 de la citada crónica.

(a) Pág. 248 v.º de la misma.

(b) Pág. 74 de la misma.

torias obtenidas sobre los moros en los siglos XI y XII, y las nobles y caballerescas calidades de Alfonso VI, VII, VIII, y IX, ahondaron profundamente estos sentimientos de sublime fidelidad, y nada puede presentarse mas heroico que la conducta observada por Marcos Gutierrez al fin del siglo XII en la defensa del castillo de Aguilar. Alfonso IX de León le habia cercado, y el valor de Gutierrez lo defendió por espacio de siete años. En este intervalo por muerte de unos y ausencia de otros, consistió en quedar solo para defender el castillo: habíamos ya concluido todas las provisiones de boca, y no teniendo que comer, «comió (dice la crónica general pág. 353) los cueros de las sillas, é las correas, é los mures, é todas las otras cosas que podia aver; é pascia las yerbas del corral é del muro, en guisa que les falleció todo, non tenie á que se tornar; é con gran fragura de que non ovo que comer, tomó as llaves del castiello en la mano, é dejóse caer travieso en medio de la puerta del castiello; é non sabiendo de si parte, yugó alli asi desacordado bien fasta medio dia, *pero que comulgó ante de la tierra*, é encomendose su alma á Dios. É los de fuera combatien como solien, dando mui grandes voces é haciendo muy gran ruido, é non fallaron ome del mundo que las recudiese. Entouces llegaron á la puerta, é ficiéron mucho por la abrir, mas non podieron. E de que vieron que les non recudia ninguno, pugnaron á sobir al castiello por cuantas maneras podieron. E de que entraron dentro, fuéronse á la puerta por

la abrir, é fallaron el caballero sin acuerdo, *que estaba atravesado ante la puerta, las llaves en la mano*. Estonces traxeron del, cuidando que les vendrie daño del; é de que vieron que non avie en el acuerdo, non le ficiéron mal ninguno, ante se dolien mucho dél, é tomáronlo en los brazos, é echaronlo en una ropa, é echaronle del agüa por el rostro, é comenzó de abrir los ojos, é ficiéronle todas las cosas del mundo, porque viviese, en guisa que ovo de güarescer. E el Rei Don Alfonso de Leon fizol mucha honra, é fue mui loado este Marcos por todas las tierras, é la su nombrada.

F. G. MORON.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

CUENTOS HISTORICOS,

LEYENDAS ANTIGUAS Y TRADICIONES POPULARES DE ESPAÑA POR DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.

Con un nombre ya conocido en la literatura, autor de lozanas y tiernas composiciones, el señor Romero Larrañaga, anheja cimentar su reputacion con empresas mas serias. La rica mina de nuestra historia está por esplotar aun: la poesia, casi siempre vaga y caprichosa, ha desatendido hasta ahora las tradiciones de nuestros padres, esa multitud de leyendas tan diferentes en las diferentes provincias que, un tiempo naciones, son

parte hoy día de la monarquía española. Tal vez no hay país alguno en Europa que ofrezca un campo más extenso y más variado. En Inglaterra y Francia son las tradiciones históricas comunes á todo el territorio, porque la historia es una: sin duda existen supersticiones y cuentos locales, pero no ofrecen grave interés, no se enlazan en los recuerdos generales con los grandes hechos que marcan, como pilares, la existencia de los pueblos. La España, por el contrario, no tiene una historia, porque hasta el siglo XV es un compuesto de estados independientes en su origen, distintos en sus costumbres, en sus hábitos, en sus inclinaciones que combaten frecuentemente entre sí con sangrienta animosidad. ¿Qué punto de semejanza pueden ofrecer las repúblicas vascongadas, regidas por leyes municipales antiguas, pobladas de aquellos cántabros que rechazaron el yugo romano, y se libertaron de los sarracenos, con la fértil y risueña Andalucía, primera conquista y último asilo de los árabes invasores? Mientras que los habitantes del norte permanecían refugiados en las montañas, celebrando sus rudos comicios bajo el árbol de Garnica ó adorando á Santiago en las colinas de Covadonga, los moradores de Andalucía se entregaban á los muelles y sensuales placeres de la civilización mahometana, bajo los esmaltados alcázares, y en los floridos vergeles de Granada, Córdoba y Sevilla. ¿En qué se parecían los leoneses y castellanos á los aragoneses antes del siglo XIV, en que á pesar de las guerras, comienzan am-

bos reinos á estrecharse? La actividad de los unos exclusivamente céntrica se empleaba en conquistar territorios y poblar á fuerza de constancia la frontera conquistada: la energía de los otros, ayudada por su capacidad marítima, cubría de naves el Mediterráneo encontrando derroteros nuevos, llevando sus armas á Sicilia y dando incalculable impulso á las ciencias de navegación. Y cuando con el matrimonio de Fernando é Isabel nació, por decirlo así, la monarquía española, los reinos que habían ido formándose por alusión, se encontraron unidos de repente, pero sin renunciar á sus costumbres, á sus hábitos, á sus recuerdos, á sus tradiciones. Así la historia de España sin ser una, es la historia más abundante de Europa: y aun en nuestros días á poco que penetremos en lo interior de la sociedad, hallaremos las leyendas y los cuentos á millares, variados infinitamente, infinitamente distintos en un país en que un arroyo, una colina, un valle han servido por mucho tiempo de frontera.

El Sr. Larrañaga ha querido, desenterrar los recuerdos de nuestros tiempos mejores, y ciertamente las dos leyendas que como muestra ha publicado, bastan á acreditar y garantizar su intento. Lucrecia la de Sevilla es una leyenda caballeresca del siglo XV: la acción pasa en Madrid y en sus cercanías: el cuento no es más que un bosquejo, escaso y confuso, en verdad, pero que contiene descripciones de suma gracia y belleza. Es noche de la verbena de S. Antonio: dos damas pasean distraídas, tomando por el camino que sale al campo del moro; más

La confusión de las gentes
 La variedad de los trages,
 Ni una mirada las roba,
 Ni de su andar las retrae;
 Y eso que son tan vistosos
 Que causa hechizo mirarles;
 Sombreros de larga falda,
 Con retorcidos plumages;
 Anchas valonas caídas
 Sobre los coletos de ante;
 Ya capotillos airosos,
 Ferreruelos y gavanés:
 Ya capas de inmenso vuelo
 Que hasta sus espuelas caen;
 Botas de fieltro con vueltas
 En casi la mayor parte;
 Y medias de mil colores,
 Lazos, cintas, alamares;
 Cruces de ser caballeros,
 A medio codo los guantes,
 Y asomando por el ciuto
 Del puño los gaviñanes,
 Todo esto da á los hidalgos
 Cumplido y marcial realce.
 Las camisolas rizadas
 De las damas, los encajes
 De las golas que en cañones
 Sin que su cuello embaracen,
 Forman un blanco dosel
 En que sus rizos descansan,
 Que en trenzas cortas les cuelgan
 Partidas en dos mitades;
 Jubones acuchillados,
 Petos de punta adelante,
 Sendas sayas de Cambray,
 Tocas tan largas que arrastren,
 Negras porque entre las mas
 La blanco color resalte,
 Completan de aquella escena
 El movimiento incansable.

Ligereza y soltura tiene esta minuciosa descripción de los vestidos: hay diálogos vivos y bien versificados: sin embargo, la leyenda ofrece poco interés: no sucede así con el cuento histórico que lleva por título: *Comprar el trono de un pueblo con la sangre de un hermano*. El asunto es, como el mismo epígrafe indica, la muerte del rey don Pedro de Castilla á manos de D. Enrique conde de Trastámara: nada hay más manoseado que este argumento, pero á pesar de este escollo, es tan dramático por sí y está tan bien presentado por el poeta, que cautiva poderosamente la atención del lector. El monarca justiciero aparece con toda su valentía, su arrojo, sus altas cualidades, libre de las asquerosas manchas con que lisongeras calumnias empañaron después su nombre. Dos escenas hay que nos gustan sobremanera: la primera es el diálogo de D. Pedro en el laboratorio con Benahín el moro alquimista: las tintas oscuras dominan en este cuadro, pero están repartidas con inteligencia y sobriedad: es la otra la muerte del rey en la tienda de campaña de Beltrán Clacuin. D. Pedro al entrar vé á su hermano que llega por otra puerta y lo insulta: truécase la tienda en palenque; ambos contrarios se estrechan con furor hasta que el soberano fugitivo más fornido y colérico que el conde le arroja en tierra:

Y clavando la rodilla
 Sobre su garganta real,
 Le dijo con voz mortal,
 «Ya es de D. Pedro Castilla.»

Pero un poder sobrehumano
 Detuvo el golpe de muerte,
 Y entonces el Rey advierte
 Que Claquin para su mano.

—«¿Por qué me apartas, traidor,
 Si era el duelo á buena ley?»
 —«Ni quito ni pongo rey,
 Si no ayudo á mi señor.»

Debajo puso á don Pedro
 Haciendo el cuerpo al caer,
 El ruido que puede hacer.
 Cuando se desgaja un cedro.

Don Enrique, aun no repuesto
 De su congoja, cobró
 Nuevo valor cuando vió
 A su rival tan mal puesto:

Y el auxilio aprovechando
 Del traidor Beltran Claquin,
 Al combate puso fin
 A su rey asesinando.

Tres veces crujió su acero
 Al rasgar con fuerte mano,
 El corazon de su hermano
 Y del mejor caballero.

Y los suyos que juzgaron
 Sacia así sus venganzas
 Con los cuentos de sus lanzas
 El cadaver golpearon.

Y tanto espacio duró
 Su feroz carnicería,
 Que el sol del naciente día
 Tamaña infamia alumbró.

Tal es el final del cuento: creemos que
 ha mostrado en él el autor recomenda-

bles prendas que anuncian sus excelentes disposiciones para esta clase de trabajos. La versificación es flexible y armoniosa en general: sus descripciones son ricas y pintorescas, aunque frecuentemente abusa de su facilidad recargándolas con detalles y complaciéndose en su longitud: el estilo es bueno y con sabor de los mejores autores, como puede juzgarse por las anteriores citas; y las leyendas que ha publicado, dignas de estímulo y de elogio deben animarle para seguir cultivando un género que puede darle sólida y merecida reputación.

LÚCULO.

SUSPIROS DE UNA SERRANA.

Apenas el alba hermosa
 entre nubes de oro y grana
 sale á anunciar la mañana,
 deja el lecho presuroso
 una hechicera serrana.

De sus ojos huye el sueño
 y de su pecho la calma,
 porque con ardiente empeno
 la imagen de ausente dueño
 tiene gravedad en el alma.

Para recrear su pena
 sale al prado á coger flores,
 y aunque el dolor la envenena
 envidia dan sus colores
 al clavel y la azucena.

Es causa de tantos males,
 que sin vestir ricas galas
 por sus labios de corales
 mueren de amor los zagales,
 y de celos las zagalas.

Por eso al salir al prado
 y ver la luz de sus ojos

el pastor enagenado
se olvida de su ganado,
y á la pastora dá enojos

Pero ella solo ocupada
del afán que la devora
no penetra la mirada
hora tierna, y hora airada
del pastor y la pastora.

Nada observa, y tan ligero
desliza su pie de nieve
que apenas la grama mueve,
y el ceñiro lisongeró
á acariciarle se atreve.

Fatigada se reclina
del prado en la verde alfombra;
que hermosa está ¡Que divina!
la ofrece un sauce su sombra,
y asiento una clavellina.

Embevida dulcemente
en su amoroso cuidado
no repara indiferente
que murmuraba una fuente,
y al llegar ella ha callado.

No vé que lozana rosa
se desprende del vergél,
sin duda porque envidiosa
al mirarla tan hermosa
la juzgó señora del.

Y al ceñiro que callando
se acerca tampoco vé
hora lascivo hora blando
su falda estar columpiando
descubriendo el leve pié.

Que hermosa está la mañana!
Como rastrera, liviana
murmura otra vez la fuente
al mirarse mi serrana
en su cristal transparente.

Cual trinan los ruiseñores
tiernos, altivos, suaves,
parecen adoradores
que á la reina de las aves
cantando están sus amores.

Qué indicia tan seductora
y concertada armonia?

La fuente, el aura sonora
todo repite á porfía,
serrana, quien no te adora!

Pero ella solo embebida
en un amoroso cuidado
quedó en el sauce dormida
asombro causando al prado,
y á la rivera florida.

Cual resalta el arrebol
de su cara encantadora!
Parece al mirarla ahora
que se ha desmayado el sol
en los brazos de la aurora.

Duerme, serrana divina,
reclinada
en la fresca clavellina,
y arrullada

por el áura, y la fuente cristalina.

Auras, detened el vuelo!

Dulce y blando
susurra limpio arroyuelo,
tan callando

que no despiertes á ese humano cielo.

Duerme sin temor, Serrana,
que te vela
la aurora pura y galana
centinela

de tu beldad y juventud lozana.

Pero ¡ay! miro el seno hermoso
agitado,

sin duda porque aleroso
su cuidado

hasta en el sueño turba su reposo.

Abre los labios de rosa,
y tan leve
suspiro exhala la hermosa,
que lo bebe

con su aliento la brisa vagarosa.

Soñando en el bien que ama,
vuela, vuelala

suspiro mio, esclama:
con cautela

descubre si su amor goza otra dama.

Dile entonces, pensamiento,

por qué alevé
 se goza en mi atroz tormento,
 y se atreve
 a profanar sagrado juramento.
 Por soberbia cortesana
 tal vez hora
 se olvida de la serrana
 que le adora
 desvaneciéndome mi ilusión temprana.

Y una lágrima brotó
 de los ojos de la hermosa:
 lágrima que resvaló
 por sus mejillas de rosa,
 y á la niña despertó.

No llores, por Dios! no llores
 que das envidia á la aurora
 Oh! serrana encantadora,
 que si ríe vierte flores,
 y vierte perlas si llora.

No marchite pena fiera
 de tus mejillas las rosas;
 si eres, serrana hechicera,
 la Reina de las hermosas
 ¿cómo olvidarte pudiera?

Cese tu amargo desvelo,
 y en sueño de oro, inocente
 arrulle, niña, tu mente.

Ah! Quien mirando ese cielo
 hervir su sangre no sientel

Cual resalta el arrebol
 de su cara encantadora!
 Parece al mirarla ahora
 que se ha desmayado el sol
 en los brazos de la aurora.

EUSEBIO ASQUERINO

ALBUM.

TEATROS. En el del Príncipe se verificó el viernes último la primera representación de la comedia en dos actos titulada *Bruno el Tejedor*, acomodada á nuestra escena por D. Ventura de la Vega. El éxito ha sido completamente satisfactorio; el público oyó con gusto

desde la primera hasta la última escena, y aplaudió con entusiasmo el final; el Tejedor no es una de esas piezas que solo tienen por objeto desembolver un carácter interesando en su favor al espectador, sino que envuelve ademas un fin moral, cual es probar que un corazón noble y generoso aunque se oculte bajo un exterior rústico, es mil veces preferible á la mas refinada finura, si faltan estas cualidades.

El argumento es sencillísimo; no está la bondad de la comedia en su enredo sino en la convinacion de situaciones que hace resaltar las cualidades del protagonista. Bruno sirve en una fabrica de tejidos y al morir su dueño lo deja por universal heredero; dueño de tan inmensa fortuna quiere partirla con una sobrina de su amo perjudicada en esta resolusion. Ines se niega á admitir tan generosa oferta y entonces Bruno que la ama, le ofrece su mano que ella acepta, se establecen en Madrid, y el contraste que hace Bruno en la sociedad de la corte con sus nobles cualidades y su rústica educacion da lugar á una multitud de escenas no menos interesantes que chistosas. Entre los parientes de Inés hay un primo llamado D. Luis que se propone galantearla; descúbrela Bruno y tiene con él un desafio del que sale herido: Inés es inocente, ama á su marido y este la decide á huir con él de los peligros de la corte. Tal es el desenlace preparado con sencillez y que produce un efecto admirable.

La traducción está hecha con el tino y habilidad de que tantas pruebas nos ha dado el Sr. Vega. La ejecucion confiada en su totalidad al Sr. Romea mayor, encargado del difícil papel de Bruno, fué tal cual se debia esperar. El señor Romea siempre artista escelente, es inimitable en los papeles de este género.

DIRECTOR Y EDITOR,
 FRANCISCO DE P. MELLADO.